

XCIX.

Agradezca á las Musas nuestro Gama,
 El que tú, patrio amor, hoy las obligas
 Para que en versó suene la alta fama
 De los suyos, y bélicas fatigas;
 Que ni él, ni otro que cual él se llama
 Habrian de tener por tan amigas
 A Caliópe y sus ninfas, que dejasen
 Por él sus telas de oro y le cantasen.

c.

Porque el fraterno amor á las civiles
 Glorias y á todo Lusitano fecho
 Es loor de las Tájides gentiles,
 Su solo intento, su especial derecho:
 Por eso nadie deje á varoniles
 Hazañas de tener dispuesto el pecho;
 Que como el nombre Portugués levante,
 Musa no há de faltarle que le cante.

FIN DEL CANTO QUINTO.

LOS LUSIADAS.

CANTO SESTO.

ARGUMENTO DEL CANTO SESTO.

Sale Vasco de Gama de Melinde, y en cuanto empieza á navegar prósperamente, baja Baco al mar: descripción del palacio de Neptuno: convoca el mismo Númen, irritado contra los Portugueses, á los dioses marítimos, y les escita á la destrucción de los navegantes: mientras esto pasa, Velloso, para entretener á sus compañeros, les refiere el paso honroso de los doce Portugueses en Inglaterra: levántase una horrorosa tempestad: es aplacada por Vénus y las Nereidas: llegan finalmente con bonanza á Calecut, último y deseado término de esta navegacion.

LOS LUSIADAS.

CANTO SESTO.

I.

No sabia en qué forma complaciese
El Pagano á los fuertes navegantes,
Para que la amistad lograr pudiese
Del Rey cristiano y gentes arrogantes:
Pésale que tan lejos le pusiese
De Europa y de sus tierras abundantes
La ventura, no haciéndole vecino
De dó Alcides al mar abrió camino.

II.

Con fiestas, juegos, danzas, alegrías,
Segun el uso y arte Melindana,
Con osadas y ledas pesquerías
(Como Antonio á Lagéa tiene ufana)
Este famoso Rey todos los dias
Obsequia á su falange Lusitana,
Con banquetes, manjares desusados,
Con frutas, aves, carnes y pescados.

III.

Mas viendo el capitan que se detiene
 Más de lo que debia, y fresco el viento
 Le convida á partir, y que ya viene
 Piloto á bordo, y agua, y alimento,
 No quiere esperar más, que aun mucho tiene
 Que atravesar del húmedo elemento;
 Y del Pagano ilustre se despide
 Que á todos amistad eterna pide.

IV.

Y les pide además que siempre sea
 De sus flotas el puerto visitado;
 Pues ningun otro bien mayor desea,
 Que dar á pueblo tal su propio Estado:
 Que mientras en su cuerpo su alma vea,
 Estará de continuo preparado
 A esponer vida y reino bravamente
 Por tan buen Rey, por tan sublime gente.

V.

Con no menor responde cortesía
 El Capitan, y pronto velas dando,
 De la Aurora á los términos partia
 Que há tanto tiempo ya que va buscando:
 En el piloto de hoy maldad no habia,
 Que cierto y fijo rumbo va mostrando;
 Y sigue así seguro su camino,
 Muy más tranquilo de lo que antes vino.

VI.

Las ondas navegaban del Oriente
 En los Índicos mares, y asaltaban
 Los tálamos del sol que nace ardiente:
 Ya cuasi sus deseos se acababan.
 Mas Tionéo, que en el alma siente
 Las venturas, que entonces se aprestaban
 A la gente del Luso, de ellas dina,
 Irrítase, blasfema y desatina.

VII.

Ve que está todo el cielo preparado
 A convertir Lisboa en nueva Roma,
 Y no puede impedir lo que acordado
 Fue por el que fatal todo lo doma.
 Del Olimpo descende arrebatado,
 Y remedio en el mundo busca y toma,
 Y á demandarlo baja al reino fuerte
 De aquel á quien la mar le tocó en suerte.

VIII.

En lo más interior de las profundas
 Altas cavernas donde el sol se esconde,
 De dó salen las ondas furibundas,
 Cuando al furor del viento el mar responde,
 Neptuno mora, y moran las jocundas
 Nereidas y otros dioses del mar, donde
 Las aguas dejan campo á las ciudades
 Que habitan estas húmidas deidades.

IX.

Vénse en el fondo, nunca descubierto,
 Las arenas allí de plata fina:
 Torres altas se ven, á mar abierto,
 De transparente masa cristalina:
 Cuanto se acerca más el ojo esperto,
 Tanto menos la vista determina
 Si es cristal lo que mira, ó si es diamante:
 ¡Tanto se muestra claro y rutilante!

X.

Las puertas de oro puro y recamadas
 Del rico aljófar que en las conchas brota,
 De famosa escultura están labradas
 Que del airado dios la vista nota.
 Se ve primero en tintas alternadas,
 El viejo caos que el espacio azota:
 Y los cuatro elementos figurados,
 En diversos oficios ocupados.

XI.

Allí el fuego sublime estaba encima,
 Que en ninguna materia se contiene,
 Desde allí todo cuanto vive anima,
 Desde que Prometéo á hurtarlo viene.
 Luego tras él ligero se sublima
 El invisible aire, que perene
 Existe, y ni por cálido ó por frío,
 Deja espacio ninguno estar vacío.

XII.

La tierra está de montes revestida,
 De verdes yerbas y árboles colmados,
 Dando pasto diverso, y dando vida
 A los brutos en ella derramados:
 Allí la clara forma está esculpida
 Del agua, en jugos por el suelo echados,
 Criando peces mil, de varios modos
 Nutriendo con su humor los cuerpos todos.

XIII.

Pintada en otra parte está la guerra
 Que á los dioses movieron los gigantes:
 Está Tiféo, bajo la alta sierra
 De Etna, que arroja llamas crepidentes:
 Esculpido á Neptuno herir la tierra
 Se ve, cuando á las gentes ignorantes
 Les dió el caballo, y luego el productivo
 Minerva hizo brotar primer olivo.

XIV.

Poco fija la vista el dios airado
 En esto; que al palacio va corriendo
 De Neptuno, que estaba ya avisado
 Y se previene, á recibirlo yendo:
 Le aguardaba á la puerta, acompañado
 De las Ninfas, que están pasmadas viendo
 Cómo, por tan insólito camino,
 Entra al reino del agua el rey del vino.

XV.

«¡Oh Neptuno! (le dice) no te espantes
Si en tus reinos hoy Baco te importuna;
Que también á los altos é imperantes,
Muestra su injusto enojo la Fortuna:
Pero manda llamar los dioses antes,
Si quierese que mi arenga esprese en una:
Verán de desventura estraños modos:
Oigan todos el mal que toca á todos.»

XVI.

Juzgando ya Neptuno que sería
Estraño caso aquel, á Triton manda
Los dioses convocar de la mar fría,
Que le habitan de la una á la otra banda:
Triton, que de ser hijo se gloria
Del Rey y de Salacia veneranda,
Era mancebo grande, pardo y feo,
Trompeta de su padre y su correo.

XVII.

De su barba el cabello y el que salta
Por el cuello y espalda aparecia
Acuoso limo que el verdin esmalta,
Dó nunca escármén penetrado habia;
Ni de las puntas columpiando falta
El percebe que negro allí se cria;
Y gasta por morrion en la cabeza,
De tapa de langosta una gran pieza.

XVIII.

Lleva desnudo el cuerpo y genitales,
Por no hallar cuando nada impedimento,
Aunque bien se los cubren animales
Pequeños de las aguas ciento á ciento,
Como almejas, cangrejos y otros tales
Que reciben de Febe crecimiento;
Y enrédanse en la espalda ostras, sangujos,
Camarones, breguichos, caramujos.

XIX.

La concha que traia retorcida
En la mano con fuerza ya tocaba,
Y la señal canora bien oida
Fue por la mar dó lejos retumbaba.
Ya la cohorte toda apercebida
De dioses al palacio caminaba
Del dios que de Dardania hizo los muros,
Que abatió el odio de los Griegos duros.

XX.

El padre Oceáno viene acompañado
De sus hijos é hijas, prole larga:
Neréo, que con Dóris fue casado,
Y el mar de sucesion y ninfas carga:
Protéo el nunciador, que su ganado
Paciendo deja por el agua amarga,
Llega tambien, cuyo saber deduce
Lo que al padre Liéo al mar conduce,

XXI.

De otra parte allí va la linda esposa
 De Neptuno, del Cielo y Vesta hija,
 Grave y dulce de aspecto, y tan hermosa
 Que al verla el mar su oleaje calma y fija:
 Traia una camisa primorosa
 De trama tan delgada, aunque prolija,
 Que el cristalino cuerpo deja verse,
 Puesno es bien que tal bien pueda esconderse.

XXII.

Anfitrite, más bella que las flores,
 No era propio que en caso tal faltase:
 Con ella ya el delfin, que á los amores
 Del Rey la aconsejó no se negase:
 Con sus ojos, de todo amor señores,
 Al sol no fuera mucho que eclipsase:
 Van ambas por la mano, á igual partido,
 Pues son ambas esposas de un marido.

XXIII.

Aquella que las furias de Atamante
 Huyendo, á tener vino divo estado,
 A su hijo trae consigo, bello infante,
 De dioses en el número contado;
 El cual jugando va playa adelante
 Con las conchillas lindas del salado;
 Si bien á veces en su carga emplea
 Cuello y brazos la hermosa Panopéa.

XXIV.

Y el dios que pescador fue de Nereo,
 Y convertido en pez, por poderosa
 Virtud de yerba, á cuyo audaz deseo
 Debió el verse despues deidad gloriosa,
 Viene aun llorando el artificio feo
 Que usó la inicua Circe con la hermosa
 Scila á quien ama, de ella siendo amado;
 Que eso merece amor mal empleado.

XXV.

Y todos ya sentándose reunidos
 En el salon de fiestas divinales,
 Las diosas en estrados bien pulidos,
 Los dioses en cadira de cristales,
 Son por el alto padre complacidos
 (En tronos el Tebano y él iguales)
 Dó los incienso con la rica goma
 Que da el mar, y la Arabia vuelve aroma.

XXVI.

Y el rumor sosegado y el tumulto
 De los divos forzosos cumplimientos,
 Empieza Baco del que juzga insulto
 A revelar los íntimos tormentos;
 Y algo ardiendo la faz del fuego oculto,
 Y haciendo alarde de ímpetus violentos,
 Solo por dar al Luso triste muerte
 Por mano ajena, dice de esta suerte:

XXVII.

«¡Oh Rey! que por derecho señoreas
De un polo al otro polo el mar airado;
Y á las gentes con fuerzas giganteas
Pasar impides el dintel vedado;
Y tú, padre Oceáno, que rodeas
Todo el mundo y le tienes bien cercado,
Y haces que de natura la ley valga,
Y de sus propios límites no salga:

XXVIII.

»Dioses, que no sufrís que nadie infeste
Con su osadía vuestro imperio grande,
Y haceis que cual la culpa igual se apreste
Castigo al que por él discorra y ande:
¿Qué gran descuido en vuestro mal es este?
¿Quién puede haber que tanto así os ablande
Los pechos, con razon endurecidos,
Contra los ciegos hombres atrevidos?

XXIX.

»Visteis que con grandísima osadía
Fueron al cielo á acometer supremo:
Visteis aquella insana fantasía
De penetrar el mar á vela y remo:
Visteis, y viendo estamos cada dia,
Insolencia y soberbia tal, que temo
Que imponiendo hasta á cielo y mar sus nombres,
Vengan dioses á ser, nosotros hombres.

XXX.

»Ved ahora la flaca y pobre raza
Que de un súbdito mio el nombre toma,
Cómo altiva al valor el arte enlaza,
Y á vos, y á mí, y al mundo humilla y doma:
Ved cómo en vuestro mar su quilla traza
Huella que no hizo nunca la alta Roma;
Ved cómo vuestro reino traspasando,
Van vuestra orden y leyes allanando.

XXXI.

»Yo ví contra los Minias, que primera
Senda cual esta en vuestro reino abrieron,
Cual Boréas y Aquilon, con saña fiera,
Y otros hermanos combatir supieron;
Si pues la corta union aventurera
De vientos esa injuria repelieron,
Vosotros, á quien toca hoy la venganza,
¿A qué aguardais? ¿Qué os mueve á la tardanza?

XXXII.

»Ni creais que del cielo al mar tendido
Por amor vuestro de venir me alabe;
Ni por la injuria atroz que habeis sufrido,
Sino por la que á mí tambien me cabe;
Que aquel honor escelso que hé adquirido,
Cuando á mi ley sujetas cual se sabe,
Dejé las Indias tierras del Oriente,
Todo á los pies le miro de esta gente.

XXXIII.

»Que el Señor y los hados, que se dignan
De dar, cual les parece, al hombre impuro
Fama aun mayor que aquella que designan
Por el mar á esta gente en lo futuro,
Aquí vereis ¡oh dioses! como asignan
Daño á dioses tambien, que de seguro
El hombre va á valer más, en su esfera,
Que quien con más razon valer debiera.

XXXIV.

»Por esto aquí desciendo, algun consuelo
Buscando cual remedio á mis pesares;
Por ver si el precio que perdí en el cielo,
Por dicha puedo hallar en vuestros mares.»
Quiso seguir, y no siguió, que el duelo
Le ahogó la voz, y lágrimas á pares
Saltaron de sus ojos; con que en fragua
Se abrasaron los númenes del agua.

XXXV.

La llama del furor, con que alterado
El pecho de los dioses fue en momentos
No sufre ya consejo meditado,
Ni mayor dilacion ni aplazamientos;
Y al grande Eolo mándale recado,
De parte de Neptuno, que los vientos
Suelte con sus furores más pujantes,
Con que en la mar no queden navegantes.

XXXVI.

Bien quisiera Proteo el adivino
Decir en caso tal lo que sentía,
Y segun lo que en mente á todos vino,
Era alguna profunda profecía:
Pero en el conciliábulo divino
Tal tumulto, por ello, se movía,
Que Tétis le gritó con tono airado:
Neptuno sabe bien lo que ha ordenado.

XXXVII.

Ya Hipótades soberbio allá soltaba
De la cerrada cárcel los furiosos
Hijos, que con palabras animaba
Contra los Lusitanos animosos.
Ya el cielo, antes azul, se encapotaba;
Y cual nunca los vientos impetuosos
Comienzan nuevas fuerzas á ir tomando,
Torres, montes y casas derribando.

XXXVIII.

Mientras este consejo se tenia
En la acuosa region, la alegre flota
Con aura sosegada proseguia
Por el tranquilo mar su gran derrota.
Era en el tiempo en que la luz del dia
Del Eódo hemisferio está remota:
Los del cuarto de prima se acostaban,
Y ya los del segundo despertaban.

XXXIX.

De su escaso dormir no bien despiertos,
 Bostezando á menudo, se tendian
 Por las entenas todos, mal cubiertos
 Contra los finos aires que corrian;
 Y los ojos, no á gusto suyo abiertos,
 Frotándose, los miembros estendian.
 Contra el sueño buscar remedio quieren:
 Historias cuentan, casos mil refieren.

XL.

«¿Con qué mejor vencer (uno decia)
 Podemos este sueño tan pesado,
 Que con oír un cuento de alegría
 Que nos alivie del velar cansado?»
 Y responde Leonardo, que traia
 Pensamientos de firme enamorado:
 «¿Pues qué cuentos podreis oír mejores,
 Para pasar el tiempo, que de amores?»

XLI.

Velloso replicó: «No es cosa justa
 De blanduras tratar entre durezas;
 Pues del mar la fatiga más que adusta
 Repele amores dulces y ternezas:
 Que de guerra mejor dura y robusta
 Sea la historia aquí, pues de asperezas
 Nuestra vida ha de ser, según entiendo
 Que rudo porvenir me está advirtiéndome.»

XLII.

Consienten todos, y que diga quieren
 Velloso, cual propuso, alguna cosa:
 Y él dice: «La diré, sin que pudieren
 Tacharme de que es nueva ó fabulosa;
 Y por que aprendan hoy, los que me oyeren,
 Una hazaña á acabar grande y famosa,
 De fuertes contaré de nuestra tierra,
 Y estos sean los doce de Inglaterra.

XLIII.

»En tiempo que del reino el cetro leve
 Don Juan, hijo de Pedro, moderaba:
 Cuando tranquilo y libre ya se muéve
 Del vecino poder que le inquietaba:
 Allá en la gran Britania, que de nieve
 Siempre abunda Boreal, dura sembraba
 La fiera Erienis pérfida zizaña,
 Si en pro de nuestra gente Lusitana.

XLIV.

»Entre las bellas de la corte inglesa
 Y nobles cortesanos, cierto día
 Se levantó discordia en ira incesa,
 Por causa de opinion ó de porfía.
 Los de la corte, á quien tan poco pesa
 Soltar graves palabras de osadía,
 Dicen que probarán que honras y famas
 En tales damas no hay, para ser damas.

XLV.

»Y que si hubiese quien guerrero el paso
 Quisiere sustentar, que presto acuda;
 Que ellos, en estacada ó campo raso,
 Le darán vituperio, ó muerte cruda.
 La femenil flaqueza, para caso
 De tanta injuria viéndose desnuda
 De fuerzas, propias á marcial refriega,
 Socorro á amigos y á parientes ruega.

XLVI.

»Mas como sean altos y pujantes
 En el reino los otros, no se atreven
 Ni parientes, ni férvidos amantes
 Á defender las damas como deben.
 Con lágrimas hermosas y abundantes,
 Que en su favor hasta á los cielos mueven,
 Por sus rostros corriendo de alabastro,
 Vánse todas al Duque de Alencastro.

XLVII.

»Era este inglés potente, y combatido
 Habia con los Lusos en Castiella,
 Y el magnánimo esfuerzo conocido
 De sus compañeros y benigna estrella.
 Y amorosa pasión también sentido
 Habia en Lusitania, cuando á ella
 Á su hija llevó, que el pecho doma
 Del fuerte Rey que por mujer la toma.

XLVIII.

»El Duque, que la carga no queria
 Por no encender rencores intestinos,
 Los dice:—«Cuando el goce pretendia
 Portugal de los campos Iberinos,
 En los Lusiadas ví tanta osadía,
 Y arte tanto, y alientos peregrinos,
 Que podrán ellos solos, sino yerro,
 Sustentar vuestra parte á maza y fierro.

XLIX.

»Y si os agrada, damas ofendidas,
 Les mandaré por vos embajadores,
 Que por cartas discretas y pulidas,
 De vuestro mal les hagan sabedores.
 También por vuestra parte encarecidas
 Con palabras de halagos y de amores,
 Seánles vuestras lágrimas, que juro
 Que habreis socorro allí grande y seguro.»—

L.

»Así las aconseja el Duque esperto,
 Y luego les elige doce fuertes;
 Y porque cada dama tenga un cierto,
 Las manda que sobre ellos echen suertes,
 Pues ellas doce son; y descubierta
 Cual con cual resultó de los consuertes,
 Escribe cada cual, por varios modos,
 Y todas á su Rey, y el Duque á todos.